

APOLO

AÑO IV

Número 32

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

- - - - DE PÉREZ Y CURIS - - - -



LA PINTURA

☞ MONTEVIDEO ☞

☞ OCTUBRE DE 1909 ☞

— OFICINA DEL COMERCIO —
169 - SARANDI - 169

— Teléfono: LA URUGUAYA, 699
ENRIQUE BRUSCO Y PAULINO BAGNATI

PERITOS MERCANTILES

JULIO R. MARTÍNEZ (Corredor)

OBRAS DE AUTORES URUGUAYOS

Ovidio Fernández Ríos

Por los Jardines del Alma
(*Poesías*)

0.50 el ejemplar

Pérez y Curis

Rosa ígnea
(*Cuentos*) 2.^a edición

0.25 el ejemplar

Santos García Mallarini

Apóstoles Rebeldes

0.30 el ejemplar

Guía

Qvo Vadis?

0.10 el ejemplar

M. Medina Betancort

Cuentos al Corazón

0.40 el ejemplar

Pérez y Curis

Heliotropos

0.40 el ejemplar

Andrés T. Gomensoro

Rumbo al Sol

0.40 el ejemplar

Ismael Cortinas

El Credo

0.25 el ejemplar

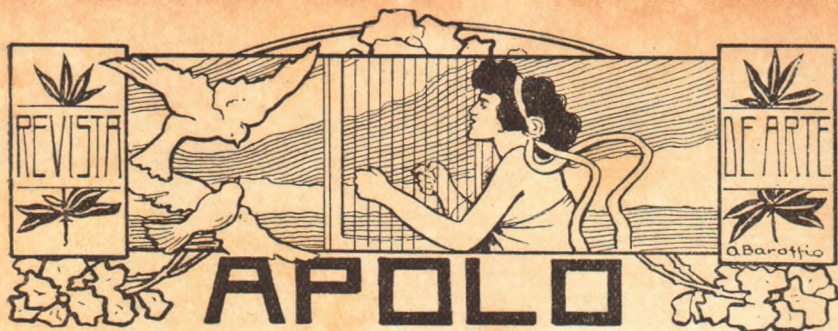
PÉREZ Y CURIS

Alma de Idilio y Rimas Sentimentales

Edición de lujo : 0.50 el ejemplar

HELIOTROPOS

Segunda edición : 0.40 el ejemplar



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO IV

Montevideo, Octubre de 1909

64580

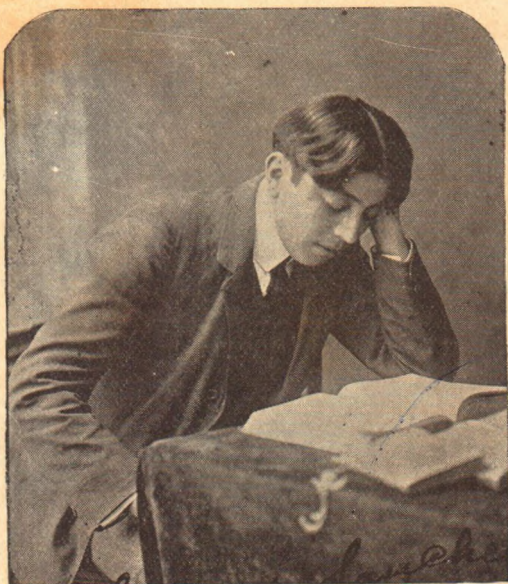
N.º 32

Florencio Sánchez

El altísimo dramaturgo cuyo retrato aparece en esta página, partirá en breve para Europa. En su gira por las principales ciudades de aquel continente, Florencio Sánchez hará representar sus obras, contando para el caso con una gran compañía dramática que se ha comprometido á traducirlas exactamente.

Antes de irse el querido compañero, saldrá á luz su hermosa obra NUESTROS HIJOS bellamente editada por los talleres « El Arte ».

Nuevos y brillantes triunfos le deseamos al noble amigo y genial creador.



Á UN ARTISTA

No vejes al humilde ni adules al magnate,
Sé noble; hiere al Zoilo tenaz que te combate,
Pero de frente. Sólo la Gloria se conquista
Con los geniales rasgos del numen de un artista
Y el gesto de un espíritu de luz, que no se abate

Convierte en evangelio la norma de tu vida;
Ten probidad, no para que el vulgo, ese suicida
Moral, en un instante de lucidez te nombre,
Sino para elevarte tú mismo, porque el hombre
Que en ti hubo, se hizo un mago del verbo, que no olvida.

PÉREZ Y CURIS.

Balada del Deseo

En el Mar de lo Infinito, boga y llega el Mensajero, el bajel que trae la Noche...

tenebroso como un muerto, lentamente va avanzando, con sus velas de Misterio.

el bajel que trae la Noche. Tenebroso como un muerto!

¡oh, las tardes del Otoño, precursoras del Invierno, cómo brillan, cómo cantan, en un ritmo de colores, en los mares y en los cielos. ¡Oh, las tardes del Otoño, las auroras del Invierno!

ya el Crepúsculo se muere en la Sombra y el Silencio.

¡Oh, la muerte del Crepúsculo, el Poeta del Ensueño.

ya se besan en la sombra, en divino Epitalamio, las estrellas soñadoras y los pálidos geranios, cuyos pétalos muy tristes, van cayendo lentamente, lentamente, como sueños que se mueren en su nítida blancura.

¡Oh, los sueños de las flores! ¡Oh, la muerte de los sueños!

á la luz del Plenilunio, albas rosas de la Tarde van abriéndose, como almas que escucharan en su angustia, el coloquio formidable de la Sombra y el Misterio.

¡oh, las rosas de la Tarde! ¡oh, las rosas del Silencio!

¡oh, la Amada de mi vida! ¡oh, la Amada de mis sueños! Ilumina este crepúsculo con la lumbre de tus besos, de tus besos, que son astros.

y el perfume de tus labios caiga en mi alma como un bálsamo de ventura y de sosiego.

¡oh, los rojos tulipanes de las frondas de tus besos!

¡oh, la Amada! ¡oh, Bien Amada! ven, reclina tu cabeza, tu cabeza triste y blonda como el halo de

una estrella; ven, reclínala en mi pecho.

¡tu cabeza perfumada por los místicos ensueños! ¡oh, tu pálida cabeza! ¡oh, mi reina, coronada con las rosas entreabiertas en praderas ignoradas y en silencio de las selvas, de las selvas que te guardan su perpetua primavera, de las selvas donde viven mis ensueños de Poeta.

Tu cabeza con un nimbo de jazmines y violetas.

que me toque la caricia de tus grandes ojos tiernos, algas verdes, que se mecen en los mares muy remotos de la Gloria y del Ensueño.

que me toquen con sus alas tus libélulas de fuego.

¡oh, los ojos de mi Amada, misteriosos y serenos; playas tristes, donde mueren las oleadas del Deseo!

que los lirios de tus manos, cual capullos entreabiertos, como brisas perfumadas, como rayos de un lucero, se deslicen en la selva autumna de mis cabellos, y seren en mis pasiones tempestuosas y soberbias, y dominen la implacable rebeldía de mi cerebro.

mi cerebro que es tu Ara; mi cerebro que es tu Templo; mi cerebro, donde imperas tú, mi Diosa, entre la mirra que te queman mis pasiones, y los cirios del Deseo, y mis himnos amorosos, y el perfume que te brindan las corolas de mis versos.

y una flor que se abre augusta, con sus pétalos soberbios, una flor en holocausto ante Tí: mi Pensamiento;

¡oh, los lirios de tus manos domadoras del Deseo! ¡oh, los cirios de mi templo y las rosas de mis versos!

Por las flores del Crepúsculo; por

las rosas del Silencio; por las algas
de tus ojos; por las frondas de tus
besos; ven, reclina tu cabeza en las
sombras de mi pecho.

¡Bien Amada! ¡Bien Amada! ven,
responde á mi deseo; ven, unamos
nuestros labios en un beso que sea
eterno...

.....

¡ven, mi Amada, que es la hora!

¡ven, mi Amada, que aún es
tiempo!

¿tú no sientes cómo pasa la ca-
ricia del momento?

¡Ven y amemos! Aún es hora.

ya declina en el silencio con la
tarde nuestra vida.

ven y amemos, que aún es tiempo;
aún hay flores en el bosque; aún
hay luces en el cielo; aún hay san-
gre en nuestras venas y palpitan
nuestros besos...

son las tardes del Otoño, precur-
soras del Invierno... ven, tus ojos

agonizan en las ansias del Deseo;
aprisione yo tus manos, y tus la-
bios, y tus senos;
y te brinden sus perfumes las co-
rolas de mis versos.

es la hora del Crepúsculo. Todo
se hunde en el silencio.

es la tarde en nuestras almas; y
la noche avanza presto.

nuestras vidas ya se pierden en los
valles del Misterio.

aún dibuja la ventura un miraje
en nuestro cielo.

es la hora de la muerte ó la hora
de los besos.

.....
Ven y unamos nuestras bocas, en
un beso que sea eterno

Ven y unamos nuestros cuerpos,
cual dos llamas de un incendio.

Pargaskila

♦♦♦
DÉCIMA

Sólo quiero el desamparo,
La tiniebla y el olvido
De la tumba; hoy he perdido
Para siempre, lo más caro:
Mi madre, el único faro
Que en la mundanal contienda

Vertió su lumbre en mi senda;
El único ser que quiso
Encontrar un paraíso
Donde levantar mi tienda.

JULIO FLÓREZ.

♦♦♦
PORTRAIT

On dirait qu'elle fait éclore
du fond d'une illusion
le grand soleil qui la dore
et la change en papillon.

Dans son amoureux delire
on penserait que ses yeux
font petiller le sourire
pour illuminer les cieux.

Paris 1909.

Para Apolo.

Quand l'aube blanche et morose
surgit du brouillard, elle sait
que pour la changer en rose
il suffit de son reflet.

Et comme tout ce qu'elle touche
se transforme en madrigal,
je voudrais froler sa bouche
pour me rendre son ega.

MANUEL UGARTE.

Periodistas Cubanos

Modesto Morales Díaz

Para APOLO.

En tesis general la experiencia nos hace escépticos, y el escepticismo está totalmente reñido con las palabras absolutas, las ideológicamente «definitivas». Y bien, mi experiencia del diarismo me obliga á declarar, una vez escrito el nombre Morales Díaz, que es imposible hallar ejemplo más acabado de voluntad, de energía, de fe y de lealtad que el que ofrece en su larga actuación en la política y en el periodismo militante el actual director de «El Triunfo», el gran diario liberal cuya valiente (y valiosa) campaña contribuyó en buena parte á la exaltación del actual Gobierno.

Bajo las órdenes de Morales Díaz (si es que puede decirse de ese modo en referencia á las fraternales indicaciones del más llano y más deferente de los compañeros) bajo su inspiración he trabajado largo tiempo. En el período de la ardua lucha, en plena campaña electoral y después de la resonante victoria del 14 de Noviembre; tengo, pues, motivos para conocerlo á fondo.

Morales es un gran sugestionador: atrae el cariño, conquista el afecto y la estimación. Una nobleza de carácter rara en estos tiempos en que la doblez impera; una voluntad insuperable y una lealtad á toda prueba hacen de él, en una colectividad política, el hombre de confianza.

Eso es lo que es él para el ilustre Presidente de Cuba: su confianza y su confianza. No conozco ejemplo alguno de adhesión más positiva y más desinteresada y perseverante que la que Morales Díaz ha consagrado en todo tiempo al General Gómez. Bien es cierto que este Mandatario ejemplar se hace amar por sus dotes excepcionales, por su cultura y su bondad. De todas suertes, la fidelidad de Morales para con él ha llegado muchas veces á la abnegación. Últimamente, pudiendo haber tenido con más facilidad que nadie, pues es una de las figuras más populares de Las Villas, un escaño en el Congreso, hizo oblación de todo derecho y renuncia de todo título para ceder su plaza á otros que obtuvieron el triunfo; ¡oh generosidad! por la obra y el esfuerzo de Morales. La correspondencia de el Director de El Triunfo es tan voluminosa como la de un Ministro: todos acuden á él, quien en demanda de un consejo, quien en solicitud de su apoyo decisivo, quien para lograr su nunca rehacia mediación en bien del terruño. Y jamás un *nó* sale de los labios de Morales; á todos procura satisfacer, á todos secunda, á todos ayuda. Esa es su ambición: hacer el bien.

En «El Triunfo» su labor ha sido proficua en todos sentidos: logró en tiempos de penurias llevar á la Redacción lo que más vale y lo que más pesa en Cuba; después, nuevo triunfo, conquistó á Ramón Catalá, el co-propietario de «El Figaro» para que asumiera la administración de «El Triunfo». Y Catalá aceptó, por y para Mora-

les; y ahí está la obra de esos dos grandes corazones unidos, de esas dos inteligencias y de esas dos voluntades: «El Triunfo» es hoy uno de los primeros diarios de Cuba. Sobre Catalá he de escribir pronto; bien lo merece el más buenó, el más sano y más generoso de los amigos.

Al frente de «El Triunfo» Morales Díaz cumple como muy pocos podrían hacerlo: sostener un diario adicto al Gobierno (en cuya adhesión no puede caber la duda) y esto sin servilismo, siendo á la par intérprete de la «realidad y la opinión nacional», es cosa extraordinaria. Para llevarla á cabo; qué derroche de tacto, de energía, de esfuerzo, de habilidad y, sobre todo, de buena intención!

Son muy pocos los que conocen bien el significado de esa frase, la «buena intención»; es decir, olvido absoluto de sí mismo, perenne anhelar de justicia; constante preocupación de los ajenos intereses, y, de continuo, el sacrificio del propio egoísmo, de todo medro.

Así resulta «El Triunfo» un diario sin tacha, que, en todo tiempo, en el combate y en la victoria, ha ostentado una divisa que nadie ha osado manchar ni aún la calumnia rozarla: la de una honradez absoluta.

No-á todos es posible realizar tal tarea. En horas de penurias, faltando todo, dinero, máquinas, colaboradores, puesto que los comienzos de «El Triunfo» no fueron esplendorosos, Morales Díaz decidió justificar el nombre de su diario: conquistar *el triunfo*. Y en buena lid lo ganó! No sólo el triunfo, descontado para todo observador imparcial, del candidato liberal, sino el triunfo de su diario mismo, de la hoja de cuatro planas que, lentamente, fué creciendo con un linotipo hoy y dos mañana, la gran rotativa después, y los grabados y las doce y las diez y seis grandes páginas de la edición matinal...

Y, aquí, siempre, la obra de Morales Díaz: todo esto sin la prebenda oficial, el apoyo del gobierno ó la humillante subvención, sino haciendo el periódico necesario al público; sumando adeptos por su labor incansable, su información moderna, oportuna y seria.

Hace pocas semanas se organizó un banquete en honor de este valeroso adalid de la causa liberal: en la lista de comensales figuraban los nombres más prestigiosos de Cuba y, en primera línea, los de sus más encarnizados adversarios políticos. Porque enemigos políticos tiene muchos Morales Díaz, pero enemigos personales ninguno. No puede tenerlos quien es modelo de amigos, de compañeros y de leales.

Hoy se cumplen dos años de la aparición de «El Triunfo» y al recordar esa fecha he deseado tributar un homenaje justiciero al que es alma de ese diario, siempre para mí querido. Sean, pues, las líneas que preceden, la ofrenda del compañero que no olvida y que, siempre, lejos ó cerca, está con «El Triunfo» ya que en la vida le ha tocado muy pocas veces ser de los «del triunfo».

ARTURO R. DE CARRICARTE.

Cómo es dulce morir

Para APOLO.

Recostarse en la playa, en la húmeda arena,
Envolver las espaldas con su blanda frescura,
No moverse, ni hablar, ni sentir una pena
Mientras pasa la brisa en la inmóvil figura.

Llenar con el cobalto del cielo misterioso
Los ojos que se cierran ávidos de infinito,
Y en la última mirada llevar todo lo hermoso
Que la luz en los cielos y en los mares ha escrito.

Ver en el horizonte, pálida é incolora,
Esfumarse la nave que conduce al hermano
Hacia las tierras vagas donde se goza y llora,
En busca de un reposo que se halla en nuestra mano

Sin una sola lágrima, sin un solo suspiro,
Extinguirse en la arena do mueren las espumas;
Sin rencor ni deseos, dejar que el vasto giro
Nos lleve en sus revueltas de luces y de brumas.

Clotilde LUISI.



Profecía de Al Motanabbe

Para APOLO.

Abdallah Abú Attibe, el orgulloso poeta árabe, que propagó á los cuatros vientos que no existía guerrero que le venciera, mujer que no le amara, vate capaz de superarle, cantó un día: « Al Motanabbe, cuya voz resonará en los venideros tiempos, dirá cosas que jamás han oído los hombres y otras hará que nunca supieron los graves abuelos del canto.»

Pasaron los días y los años. Los pueblos, que levantarán sus livianas tiendas en los desiertos cálidos, ó las flechas de sus mezquitas, en las ciudades que descansan en las fecundas llanuras de Asia Menor, repitieron las canciones del poeta ú oyeron extasiados las maravillosas leyendas y raras anécdotas que, á la sombra de la tienda del caudillo ó el alcázar del señor, cayeron de los labios de Abú Attibe como sonoras gotas de miel y leche manadas de hinchado seno de las huríes.

Los sabios ancianos, de luenga barba y cansados ojos turbios; los ardientes caudillos que, victoriosos siempre, empuñaban el corvo alfange y, al paso de sus negros corceles, allanaran los pueblos del Nilo, del Jarasán, del Ganges, de las playas del mar Egeo y las risueñas riberas del Guadalquivir; los graves teólogos que, en silencio y á solas, interpretarían las santas leyes y enseñarían al hombre la voluntad que Alá dictara á su Profeta; los ulemas que, en pos de las huestes guerreras, llevarán la nueva fe á los fieles del Zerdes-tía, á los idólatras de la piedra

tallada, á los amantes de los genios del mar y la tierra, á los abortos indios brhmanistas y á los rubios cristianos célibes, nunca pudieron sobrepasar la sabiduría de Al Motanabbe ni desmentir jamás los altos dictados de su genio. Pero sucedió que, un día, presentóse en casa de Abú Attibe un extraño niño, cuyas pupilas brillaban como las estrellas en las noches oscuras y serenas del ancho Sahara; cuya tersa frente se elevaba como la cumbre de las Pirámides. Y dijo el niño al poeta: «He oído repetir á los pueblos de Arabia tus proféticas leyendas, tus profundos apólogos, tus finos epigramas. Sé que nunca los sabios, los santos doctores, los soldados conquistadores y los más inspirados Sensitivos pudieron doblar tu vencedora espada ni aventajar tu canto. Sé que has dicho que los hombres oirán de tus labios cosas que jamás supieron tus antepasados, y que harás otras que nunca pudieron hacer ellos. Y bien: Nuestros nómadas abuelos pusieron veintinueve letras al alfabeto; por lo que vengo, pues, á desafiarte á que, de tu genio usando y obrando al contrario de ellos, reformes el alfabeto, sacándole una letra ó poniéndole otra».

Al Motanabbe, sorprendido, sintió que el asombro penetraba su espíritu y turbaba su genio; pero, serenándose luego, irguió el guerrero busto, levantó la luminosa frente, interrogó en silencio los enigmáticos dictados del destino, y, con triste acento, respondió de este modo al sublime niño:

Al Motanabbe, que nunca dobló la cabeza en las luchas del campo y de la idea, la inclina ahora ante tí! ; Me has vencido! Pero ¡ay! que, interrogado por mí el destino, me ha respondido que tu débil cuerpo debe sucumbir al peso de tu alma. La precocidad, insaciable como las negras águilas que roban los tiernos hijuelos á las blancas ovejas del Líbano, devorará tu vida! Vas á morir en breve — ; oh privilegiado niño! porque un alma grande como la tuya no cabe bien en la estrecha y mezquina tierra! »

Jamás predecía en vano Abú

Atibbe; por lo que, cuando no había aún el dedo de los astrólogos marcado el paso de cien soles, el hermoso niño genial, vencedor del poeta, cerró los negros ojos para siempre.

Lloró Al Motanabbe la temprana muerte de aquel niño maravilloso; y, como su voz debía ser oída en los tiempos futuros, quiso que, por medio de su canto, las venideras edades supieran que el mismo Alá, encarnado en la figura de un niño y avergonzado de la torpeza de los demás hombres, había una vez tenido que bajar al mundo para vencer á un poeta!

LEÓN SEGUY.

Por senderos lejanos

Para APOLO.

I

Escancia el rojo vino
de tu amor en mi vaso,
y sigue luego el paso
del triste peregrino.

Es muy ruda la senda
y mi sed muy arcana;
como un rey y una aldeana
nos haremos leyenda.

Bogaremos los mares
de Citeres, juntando
nuestros cuerpos amantes;

y entre vino y cantares,
me moriré besando
tus senos palpitantes...

Caracas.

II

Por mi sendero de abrojos
pasé junto á tu ventana,
y se prendaron mis ojos
de tu escultura pagana.

Luego al postrarme de hinojos
en tu discreta persiana,
ví florecer los sonrojos
en tu cara-porcelana.

No quisiste abrir tus flores
á mi corazón divino,
aquella tarde de amores;

y bajo el frío y la escarcha,
el doliente peregrino
rompió de nuevo su marcha...

JUAN SERRANO.

El Futurismo

En otra ocasión, y á propósito del Modernismo, expresé en las columnas del *Nuevo Mercurio*, que con tan buen éxito redactaba en París Gómez Carrillo, mi opinión acerca de las escuelas literarias, en cuya efectividad no creo, pues pienso que los escritores no son ocas para formar algarabía monorrítmica, ni números de un casillero telefónico sujetos á un mecanismo de exactitud desesperante. Juzgo, sí, que cada uno de ellos tiene su individualidad intelectual bien definida, su amaneramiento de estilo; su alma, simple ó compleja, distinta de las otras, por la que rige sus pensamientos, á cuyo influjo brotan las ideas, se cristalizan en verbo luminoso y riegan por el haz de la tierra simiente generosa ó egoísta, dulce ó amarga, pero siempre marcada con un sello característico que viene á ser, como el blasón en la heráldica, el distintivo de cada caballero del Ideal.

¿Por qué, pues, ufanarse en fundar escuelas literarias, como quien funda hospicios para inválidos ó casas de corrección para muchachos extraviados? ¿Puede imaginarse que pase esa idea de una mera ficción en la hora actual? ¿Qué amplios no tendrían que ser los moldes de una escuela para que dentro de ella cupieran las tendencias de quince ó veinte escritores ó poetas de verdadero valer, ó qué estrechos resultarían á la postre, si todos los que la proclamaran siguiesen una misma ruta, cual condenados del Dante, cargando la capucha de plomo de un manifiesto tendencioso, pero al fin estrecho á pesar de su falta de reglas, manifiesto que recortaría las alas al espíritu y no dejaría alzar el vuelo libremente á la traviesa imaginación, la locuela adorable y caprichosa, que se resiste siempre á todo yugo?

Estas consideraciones que á mí se me antojan muy claras, no lo son para algunos. De aquí la causa de que un buen amigo mío, personalidad literaria de alto rango, haya lanzado desde las columnas de una gran revista de arte puro, la revista italiana *Poesia*, el manifiesto de una nueva escuela que bautiza con el nombre brillante de *Futurismo*. Francisco Marinetti, tal se llama mi amigo, no se conforma con ser uno de los primeros poetas de la Italia moderna, la Italia de D'Annunzio, Ferrero, Panzzachio, Fogazzaro y Balin D'Abate, sino que aspira ahora á reunir al rededor de una bandera llamativa á todos los rebeldes, á todos los inflamables llenos de prevención contra el Pasado, que ambicionan borrar con su huella toda la ruda labor que en cinco mil años ha realizado la Humanidad, para sin estorbos poder ser ellos los únicos en los dominios del Pensamiento.

Este propósito es ingenuamente descabellado. Estamos fuertemente ligados al Pasado, del cual no podemos librarnos. El Progreso mismo es como un largo cordón á través del cual pasa la electricidad acumulada durante miles de años y que ha de convertirse en luz en el foco que está en el extremo que nos corresponde. Si se rompe ese cordón, la comunicación cesará; las fuerzas acumuladas se dispersarán locamente y sobrevendrá algo semejante al caos, un caos espantoso, más aún que el de los elementos físicos en la edad prehistórica.

El Pasado es la fuerza de gravedad que impide nos despeñemos en el abismo. Suprimirlo, pues, no es posible. ¿Cómo haríamos tal cosa? Sería preciso acabar con el recuerdo antes que todo, lo que es imponderable para las

humanas fuerzas. Y en el caso improbable de que esto pudiera conseguirse, la vida perdería entonces su mayor encanto.

Yo me declaro siendo nuevo y ansiando conquistar el Futuro, respetuoso y admirador con el Pasado. Las cosas que fueron los hechos que se realizaron, tienen un encanto y una armonía inimitables. Recordar es vivir de nuevo en épocas anteriores: y amar las cosas viejas establecer comunión con los humanos que nos precedieron en esta jornada azarosa: con los que lucharon, y sufrieron ó gozaron, vencieron ó fueron vencidos, igual que hoy nosotros. Por eso yo prefiero, contra la opinión de mi amigo Marinetti, *La Victoria de Samotracia* al auto rugiente que parece correr sobre metralla.

Demoleedor es el manifiesto de la escuela en embrión, pues proclama algo que equivale á la anarquía; una anarquía intelectual extremada. Condena la literatura que ha exaltado la inmovilidad pensante, el éxtasis y el ensueño, y quiere en cambio exaltar el movimiento agresivo, el insomnio febril, el paso de trote, el bofetón y el puñetazo. Ni más ni menos que una escuela de energía á la que de seguro se afiliará como Profesor Teodoro Roosevelt, con sus escopetas, sus osos y sus vestidos amarillos.

¿Querrá Marinetti reirse un poco de la tontería humana ó creará sinceramente lo que expresa? No lo sé: pero es lo cierto que en Europa ha levantado gran polvareda su manifiesto, que ha sido el tema obligado de la prensa, sobre todo la francesa, y que no hay literato ó poeta que no se ocupe en él.

Pero con todo, sea cual fuere el móvil que le dió origen, á pesar de tanto ruido semejante al de nogales sacudidos por el viento, pasará el *Futurismo* como pasan las cosas que no han conquistado su derecho á la vida. Las escuelas hoy están abolidas en literatura, son algo exótico en nuestra época y más si como ésta de Marinetti ellas proclaman que sólo en la lucha existe la belleza y que la Poesía debe concebirse como un violento asalto contra las fuerzas ignotas si anhelan glorificar la guerra, el militarismo y el desprecio de la mujer; si quieren destruir los museos y las bibliotecas y ansían que la vida se reduzca al momento único, convirtiéndose la humanidad en un rebaño de búfalos que saltan libres en las praderas, emprenden galopes vertiginosos ó se dan de cornadas para probar la resistencia de sus testuzcos.

Dentro de la Estética acrática y amoral que profeso, no hay cabida para la idea que preconiza la necesidad de escuelas literarias. La literatura hoy es más subjetiva que objetiva; las impresiones personales que cada escritor tiene de la Vida, son las que deben integrar sus ideas, y lo que cada uno produce debe estar de acuerdo con ellas, para ajustarse á la verdad, fuente la más rica de belleza.

Zola creía que la naturaleza en toda obra de arte había que verla á través de un temperamento y Remy de Gourmont sostiene que los escritores son unidades heterogéneas que no pueden sumarse desde luego. Yo me estoy con estos grandes pensadores, y en el caso especial del *Futurismo*, juzgo que la vanidad, esa epidemia que tantos daños causa entre los hombres de letras, es el móvil que ha impulsado á Marinetti, ansioso de hacerse célebre y de ocupar en el soñado cenáculo el lugar que Víctor Hugo entre la pléyade brillante de los literatos franceses que dieron esplendor á las letras en el segundo tercio del siglo pasado.

GUILLERMO ANDREVE.

LIRA COLOMBIANA

Nocturno

Una noche,—Una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas;—Una noche—En que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas,—A mi lado lentamente—Contra mí ceñida, toda muda y pálida,—Como si un presentimiento de amarguras infinitas,—Hasta el más secreto fondo de las fibras te agitará,—Por la senda florecida que atraviesa la llanura—Caminabas.—Y la luna llena—Por los cielos azulosos, inflitos y profundos, esparcía su luz blanca;—Y tu sombra—Fina y lánguida,—Y mi sombra,—Por los rayos de la luna proyectadas,—Sobre las arenas tristes—De la senda se juntaban,—Y eran una—Y eran una—Y eran una sola sombra larga,—Y eran una sola sombra larga,—Y eran una sola sombra larga.

Esta noche, solo, el alma—Llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,—Separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,—Por el infinito negro,—Donde nuestra voz no alcanza,—Mudo y solo,—Por la senda caminaba.—Y se oían los ladridos de los perros á la luna—A la luna pálida,—Y el chillido de las ranas.—Sentí frío; era el frío que tenían en tu alcoba—Tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,—Entre la blancura nívica—De las mortuorias sábanas,—Era el frío de la muerte: era el hielo del sepulcro,—Era el frío de la nada.—Y mi sombra por los rayos de la luna proyectada,—Iba sola; Iba sola por la senda solitaria;—Y tu sombra esbelta y ágil,—Fina y lánguida,—Como en esa noche alegre de las muertas primaveras,—Como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas,—Se acercó y marchó con ella,—Se acercó y marchó con ella,—Se acercó y marchó con ella ¡oh las sombras enlazadas!—¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas!—¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas!

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.

EN VERSALLES...

Aromas de un parque olvidado

Para Apolo.

Bajo la sonora fontana olvidada
del antiguo parque de leda enramada
canta el agua fresca su grácil canción
como una leyenda de amores tranquilos,
y el claro remanso retrata los tilos,
y los terebintos y el verde acarón.

Una vaga queja suspira el ambiente,
que en el alma impresa queda lentamente
entre el oloroso frescor del jardín,
y de la arboleda de ramaje oscuro
parece que brota un raro conjuro
que dice una gloria que toca á su fin.

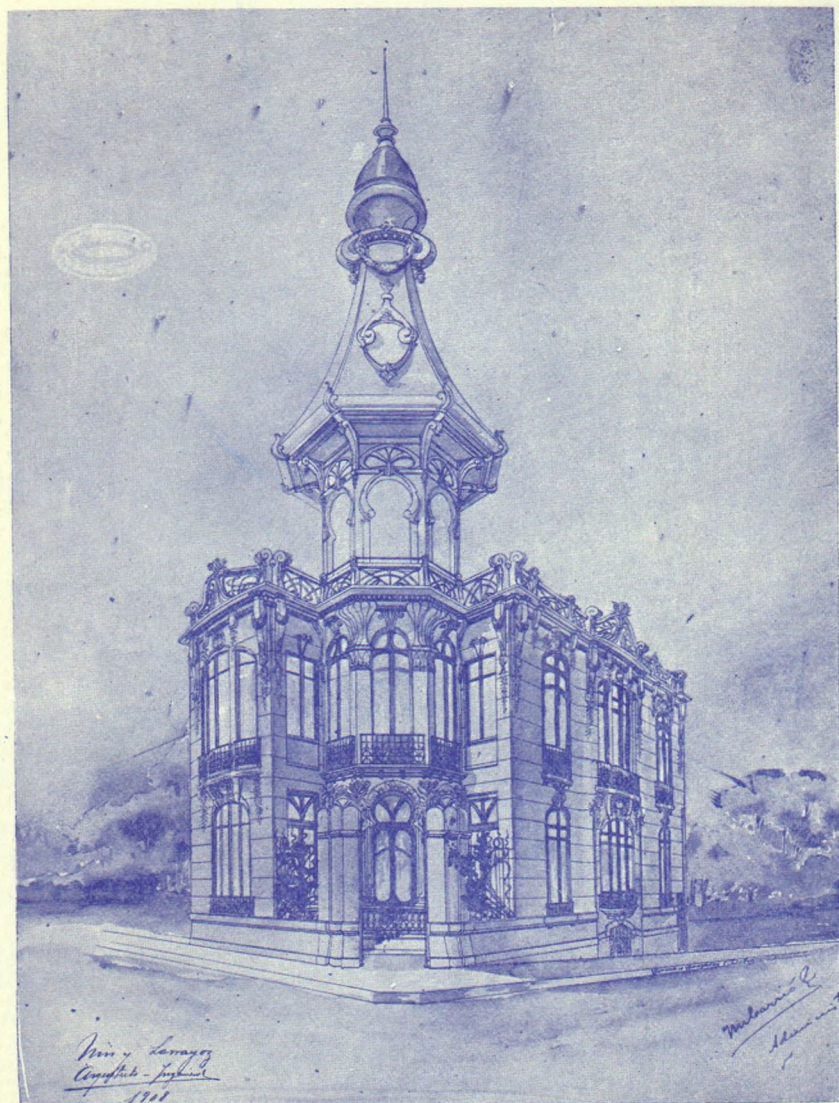
Evoca recuerdos de tiempos pasados
cuando el aire finge cantos escuchados
bajo las acacias, en noche estival;
cuando en par abiertas las altas ventanas
daba el dulce clave las notas galanas,
que el alma de todo llenó de ideal.

En su laberinto y en sus avenidas
aun suenan confusas las notas perdidas
de los galanteos del fino minué
que nuestras abuelas en aquel palacio,
muy ceremoniosas, danzaban despacio,
señalando el ritmo con su lindo pie.

Y las aventuras de los amadores
tuvieron testigos en los corredores
largos, que conducen al blanco salón,
donde las damitas iban comentando
sus novios idilios, quizás suspirando
al bello recuerdo de la evocación.

Enrique PUIGCERVER.

Página Artística



CONSTRUCCIONES MODERNAS — *Hotelito-cottage, estilo art-nouveau italiano.* — Tres plantas; dependencias de servicio: abajo; salas, comedores, hall; principal; dormitorios: altos. — Ubicado en la calle Juan M. Blanes esquina Cebollatí, adyacencias de la Playa Ramirez.

Arquitecto - proyectista: Alfredo Nin. -- Plafones de A. Goby. — Decorado por Padé. — Construido por V. M. Carrió, para el doctor Juan Carlos de Alzáybar.

El Grito

(Del libro en preparación «Las Prosas de Iris»)

Para APOLO.

Al celebrado escritor don Vicente Blasco Ibáñez

Era un hecho que yo ya había podido constatar por repetidas ocasiones, que siempre que mi amigo Andrés Bremón oía interpretar el vals de Octavio Cremieux «Quand l'amour meurt», Bremón quedábase absorto, pensativo, con la mirada meditabunda de sus grandes ojos sombríos fija allá muy lejos en algo que yo jamás alcanzaba á ver, y que, á buen seguro, Bremón sólo vería en el espejismo alado de su quimérico ensueño...

Observando este raro efecto mil veces repetido siempre que mi amigo escuchaba la música inspirada de «Quand l'amour meurt» donde quiera se encontrase, mi imaginación, echándose á indagar efectos y causas, había creído dar en la verdad, imaginándome al efecto que la música de Cremieux, melancólica y apasionada, evocaría en el alma sutil é impresionista de Bremón la nostalgia de algún amor lejano, de alguna aventurilla amorosa cuyo recuerdo aún no se hubiese extinguido con los mil accidentes diarios de su vida accidentada de bohemio y de artista gustador de todos los goces y de todas las sensaciones.

Sin embargo, no obstante la franca amistad que ya me ligase á aquel muchacho, yo nunca me había aventurado á solicitar de él una franca explicación al respecto, ni tampoco Bremón parecía tener gusto en satisfacer mi curiosidad, pues, cuando en uno de esos instantes de su arrobamiento pudo ver que yo le observaba, Bremón, turbándose visiblemente, había iniciado de inmediato una conversación fútil é inoportuna.

Yo conocía á Bremón desde seis años atrás, época en que él había llegado de Buenos Aires, y tanto yo como mis amigos de cenáculo sólo sabíamos por sus propias confidencias, que él era oriundo de Mendoza, y que, hasta la edad de veinticinco años, había vivido en plena campaña, ora como administrador de una estancia, ora como capataz de un establecimiento vinícola, ó como juez de paz ó comisario de partido. Luego, también á estar á sus propias declaraciones, Bremón había sido durante sus cinco años de permanencia en la metrópoli bonaerense donde él se había rebelado poeta, cultivando y perfeccionando así una modalidad ya innata que Bremón jamás antes hubiese cultivado en serio, pero que en él siempre se había manifestado por la melancolía y el entusiasmo que á toda hora le había inspirado la campaña, los hermosos crepúsculos camperos, sus bellas alboradas, sus noches de cielos diáfanos tachonados de constelaciones oscilantes, el silencio majestuoso de las selvas connohentas, los soles implacables de la canícula, la poesía ya legendaria de las costumbres campesinas, todo, belleza virgen, que Bremón no había exteriorizado sino de una manera imperfecta pero espontáneamente sentida en sus estrofas incultas de trovador silvestre, en *estilos* y en *cielitos*, ó en *décimas* fluidas pero sin leyes gramaticales ni los engarces fastuosos de un estilo. Y es por eso, que yo, conociendo el alma sentimental y tierna de aquel bardo sensitivo, siempre que la ocasión se presentaba, afirmábame más aún en la creencia de que la música de «Quand l'amour», evocaría en el alma de Bremón, á no du-

darlo, el recuerdo melancólico de algún dulce idilio campero de aquella su primera adolescencia.

Una tarde,—hace de esto dos semanas,—como no viese á Bremón en las reuniones del cenáculo ni en las noctámbulas tenidas del café donde solemos congregarlos, me hice el propósito de irle á buscar á la casa de huéspedes donde Bremón habitase en un cuchitril de cuatro metros cuadrados, allá en lo alto de un tercer piso y junto á los tejados y las bohardillas.

Emprendí la ascensión por la vetusta escalera de peldaños de madera oscura y desgastada; subí los cuarenta escalones, y, ya en lo alto, fuime derecho hacia el refugio del bohemio.

Pero ya próximo al dintel, cuando iba á empujar la puerta, me detuve sorprendido. Allá dentro, Andrés Bremón, con voz hermosa y bien timbrada cantaba su partitura favorita «Quand l'amour meurt».

Según entonces pude escuchar, la letra que Bremón había adaptado al vals de Cremieux no era sino unos versos pasionales ungidos de inspiración, rebotantes de sentimiento, que sollozaban, que reían, que imploraban, que maldecían...: los versos de *El adiós supremo*, aquel pequeño poemita que tanta nombradía y laureos le proporcionase al poeta años antes cuando recién se diese á conocer en nuestro ambiente literario.

Y mi curiosidad, mi sorpresa, el dulce metal de aquella su voz para mí hasta ese momento ignorada, así como toda la ternura y el gusto exquisito que Bremón ponía en aquel canto, hicieron que yo continuase inmóvil, el oído pegado á la puerta, aguardando el final...

Adentro, la voz de Bremón se alzaba poderosa, se desvanecía en molicies tiernas, sollozaba en melancolías infinitas, exteriorizaba todos los gritos y las lágrimas de la pasión y del sentimiento, interpretaba, en fin, todas las sensaciones de un espíritu complejo é impresionista en el doloroso instante en que siente *morir su amor* ante la ilusión del desamor, de un ultraje ó de la traición de la mujer amada.

Yo estaba maravillado. Aquella voz me seducía. Sentía correr á lo largo de mi médula tan pronto como una dulce caricia, como un letal escalofrío de angustia; tan pronto el alborozo retozaba en mi semblante como el horror dejábame rígido... Andrés Bremón ya iba á concluir su canto... Ya sólo le faltaba melodizar las últimas notas de «Quand l'amour meurt». Yo ya me preparaba para aplaudir, para abrir la puerta de un empellón y darle un abrazo de felicitaciones al bohemio, cuando, bruscamente, inesperadamente, en el último compás de la inspiradísima música, oí que Bremón lanzaba un grito estridente, terrible, de cólera y de piedad, en fin, un grito para mí inexplicable...

Durante un segundo me quedé alelado. Luego, bruscamente, de un solo empellón abrí la puerta y entré...

En el centro de la habitación, con los ojos llenos de angustia, y consternado hasta el alma, Bremón me miraba en silencio.

—He venido á ver á usted, le dije. Su ausencia de dos semanas por el café mucho nos ha inquietado y, temiendo por su salud resolví enterarme personalmente... Cuando iba á llamar á su puerta le oí cantar á usted ese vals de Cremieux... sí, usted bien sabe á cual me refiero: á «Quand l'amour meurt». Estaba encantado de su voz y de la maravillosa interpretación que usted sabe hacer de esa música, cuando de pronto... su grito inesperado me produjo miedo y me hizo temer un accidente...

Bremón, ya repuesto, me miraba de soslayo y con una mirada en la que no ocultaba su recelo dejando traslucir su descontento. Parecía cohibido por

mi brusca aparición, é igualmente, fastidiado enormemente por mi presencia en aquel sitio.

Sin responderme me indicó una silla. Yo, algo turbado á mi vez, curioseé unos segundos á mi alrededor. Aquella habitación ya me era harto conocida. Era el mismo cuchitril donde tantas noches hubiese pasado largas horas con aquel poeta, charlando de arte, evocando autores favoritos, recitando versos de nuestra propia cosecha. Era un cuartucho desmantelado y miserable. Un lavabo, dos sillas desterioradas y una mesa humilde que lo mismo servía de bufete que de comedor, constituía todo su mueblaje. Claveteados á las paredes algunos retratos de cofrades amigos, algunos perfiles fotográficos de mujer y media docena de postales con paisajes, veíanse en pintoresco desorden. Un tintero, unos blocks de papel en blanco, una lapicera y un candelabro de bronce yacían esparramados sobre aquella mesa; luego: nada más.

—Pues sí, estimado Bremón, tiene usted toda una bellísima voz y un gusto exquisito para manejarla, dije yo, queriendo reanudar la conversación.

Bremón, por toda respuesta abrió de par en par la única ventana que allí había y volvió á sentarse frente á mí, pero tomando esta vez un aire triste y meditabundo.

En tanto, yo había vuelto los ojos hacia aquella ventana sintiéndome gratamente emocionado ante el hermoso espectáculo que tenía ante mis ojos. Era aquella la hora del crepúsculo. El sol ya había desaparecido del horizonte pero sus últimos reflejos pintaban de mil matices las alturas del cielo y coloreaban de oro y grana las cúspides, los minaretes, las azoteas, todo aquel infinito mar de tejados y de pretilos que surgía á la distancia entre chimeneas humeantes y mil postes telefónicos.

—Es un crepúsculo de maravilla!—había dicho Bremón, mirando á su vez por la ventana.

Hubo un largo silencio. Nuestros labios enmudecieron y nuestros ojos miraban ávidamente hacia afuera... Ahora, el fresa, el naranja, el azul cobalto, el celeste pálido, el violado, el oro mismo se desvanecían poco á poco, en tanto un rojo vivo y violento lo iba conquistando todo... Y era aquel un rojo lacre, un rojo que ardía en oriflamas sangrientos en los cielos y como ascuas en la tierra.

Yo, inconscientemente, había afirmado las palabras de Bremón:

—Sí: es un crepúsculo de maravilla!

Un nuevo silencio gravitó sobre nosotros. El rojo crepúsculo aún se prolongaba. El horizonte entero ardía envuelto en llamas intangibles y amenazantes, en explosiones rojas, en reflejos cárdenos que empurpaban hasta el incendio las cúspides, los minaretes, los ventanales, las techumbres, las vidrieras, los pretilos todos de la ciudad, y, no muy lejos, frente mismo á nosotros, coloreaba una redecilla de hilos telefónicos distendidos haciendo de ellos como un collar de frágiles rubies que también chispeaban en centelleos rojizos...

Bruscamente, Bremón se puso de pie. En la media penumbra de la estancia, distinguí, también entre reflejos rojos, su erguida figura de tez cobriza y cabellera desmelenada. Yo no sabía lo que Bremón iba á hacer, pero, tuve como un presentimiento fatal, como una sensación de angustia inexplicable... Temiendo no se qué, quise hablarle, cuando oí su voz, potente y hermosa, entonar los primeros compases de «Quand l'amour meurt».

Enmudecí. Yo escuchaba á Bremón con religioso silencio. Oía brotar de su garganta las mismas ternuras, los mismos estallidos de pasión, la misma melancolía doliente que momentos antes hubiera escuchado de sus labios

cuando le sorprendí cantando al llegarme á su habitación. Y ahora las notas del canto se desgranaban bajo la serenidad augusta del crepúsculo, bajo la flámula roja de aquella tarde moribunda que sangraba en los últimos instantes de su bárbara apoteosis...

Yo escuchaba á Bremón. Luego, cuando él hubo acometido los últimos compases de la música, me sobrecogí de terror... Recordé el grito imprevisto, inarticulado, brutal é inexplicable con que Bremón momentos antes había rematado aquella misma música, y, sin saber por que, tuve horror de oírlo nuevamente.

¿Lo volvería á repetir? Y, si así lo hiciese ¿por qué aquéllo?... Acordábase del efecto que antes había podido observar en Bremón cuando en cafés ó teatros él oía ejecutar por orquestas ó simples murgas «Quand l'amour meurt». Esta música evocaría indudablemente en Bremón los recuerdos dulces ó tristes de algún grande amor aún no extinguido, pero ¿aquel grito?... ¿aquel grito?...

No pude meditar más. Bremón ya cantaba el último compás de «Quand l'amour meurt» y, después de la última nota, como yo lo había previsto, él volvió á repetir su mismo grito inarticulado, brutal é inexplicable...

Quedéme rígido. Un sudor de agonía me humedeció el rostro. Ya toda la pompa roja del crepúsculo se había desvanecido en los cielos y en la tierra. Sólo algunos pálidos destellos aún sonrosaban algunas vaporosas nubecillas muy lejanas. Un espeso polvo de sombra, una lluvia de cenizas, una niebla obscura, un espolvoroso menudo de grafito amortajaba á la tarde ya caduca y ensombrecía el paisaje sumiéndolo en una doliente desolación...

—¿Qué ha hecho usted?... ¿qué ha hecho usted?...—le dije á Bremón cuya silueta apenas si distinguía entre la opaca sombra de la estancia.

No me contestó. Yo deseaba ver su gesto, pero toda su figura ahora se ahogaba entre la penumbra. Luego, no sin asombrarme, lo oí que sollozaba, en sollozos largos y ahogados.

Todo aquello era tan absurdo para mí que mi razón flaqueaba en mil fantásticas conjeturas. Finalmente, una idea horrible me asaltó. Creí saber la espantosa verdad. Sí: ¡Andrés Bremón estaba loco!...

—Bremón, mi querido amigo, estimado poeta ¿qué le ocurre á usted?...

No me respondió. La noche se iba haciendo allá afuera y entre nosotros... Un imponente borrón negro iba cubriendo el tragaluz de la ventana. Todo el paisaje se ahogaba en sombras espesas. Después, á dos pasos míos, también bajo la obscuridad creciente que nos envolvía, la voz de Bremón se elevó hacia mí:

¡Amigo mío, me dijo, no se mueva usted... En esta penumbra que tan discretamente nos oculta, yo haré á usted una revelación... ¿Se sorprende usted?

Sí, le revelaré mi único y gran secreto... Aquel que sólo Dios lo sabe. Aquel secreto que es mi eterno remordimiento!...

Calló otra vez. Ya no sollozaba. Su voz dulce y tranquila llegaba hasta mí por entre la niebla obscura que nos distanciaba...

—Usted acaso dirá que yo estoy loco!—prosiguió Bremón, esta vez riendo. Bien: no es así. Yo, en este momento, soy tan cuerdo como el que más...

Rió otra vez, lúgubremente, y su risa repercutió en la estancia por á través de la sombra que todo lo esfumaba con su crespón fatal.

—¡El grito!—prosiguió Bremón, animándose. ¿Usted quiere saber por qué aquel grito?... Ese *mi grito* inarticulado, salvaje, para usted acaso inexplicable... Bien: eso es lo único que Cremieux olvidó de poner en su «Quand

l'amour meurt» y, con el cual, yo, Andrés Bremón, he sabido rematar soberbiamente esa página inspirada!...

Ya no me cabía la menor duda. El desgraciado poeta estaba loco. ¡Loco! ¡loco! ¡loco! monologaba yo, mentalmente. Sentí una infinita piedad por el pobre amigo.

—«Quand *l'amour meurt*!» prosiguió Bremón. ¿No ha visto usted como esa música interpreta todas las sensaciones de un amor que ya no será jamás?... Ha visto usted cuánta dulzura, cuánto desaliento, cuánta tristeza, cuánta melancolía de tiempos felices y que fueron, encierra toda esa música evocatriz y humanamente trágica?... ¡*El amor que muere* está ahí soberbiamente interpretado en notas y en modulaciones sugerentes, pero, lo he dicho, amigo mío, ahí le faltaba *algo*, le faltaba una nota, una tan sólo, y, esa nota, se lo repito á usted, era ¡el grito!

Me creí en el deber de intervenir.

—¿*El grito*? dije yo. *El grito* rompe la melodía; no tiene porque existir. Es inadecuado y absurdo.

Allá, entre la sombra expetral de la alcoba, sentí que Bremón se revolvió en su silla. Indudablemente mi inocente observación llegó á molestarle demasiado porque oi como su puño colérico golpeaba en un mueble al mismo tiempo que decía:

—¿Inadecuado?... ¿absurdo, ha dicho usted? Es decir: superfluo é innecesario como mejor nos plazca llamarlo ¿eh?... ¿Oh, no, mi amigo! Eso si que no se lo permito ni tolero!

Su aliento jadeaba. Su voz habíase vuelto dura y áspera. Yo le sentía saltar inquieto sobre su silla.

Un instante después pareció apaciguarse, y, Bremón se extendió en detalles y explicaciones.

—Es preciso, me dijo, haber amado una sola vez como yo he amado, y haber asistido á la muerte de ese mi propio amor, para avalorar el poema musical de Cremieux en todo su valor... Yo, mi amigo, amé allá en la pampa á una mujercita joven y bella. La amé hasta el delirio. Mis mejores *estilos* y *cielitos* fueron para ella... Ella me hizo poeta... Todos mis celebrados poemas de hoy le pertenecen... Sería un ingrato si yo no lo confesase. Yo era feliz con su amor y con sus caricias. Sus ojos negros y su cabellera lóbrega me encantaban. Sus labios rojos como el *burucuyá* tenían para mí ambrosías divinas... Su cuerpo ágil y flexible era de ondina y de diosa. Sus dientes muy blancos y menudos eran perfectos. Su sonrisa fascinaba y sólo el tierno acento de su voz era suficiente para mitigar mis penas y mis desesperanzas. Ella se llamaba Rosario... ¡Un delicioso nombre de mujer! Una noche, noche lóbrega y de desgracia para mí, en un ímpetu de celos, de locura, de ideas horribles, tal vez descabelladas y sin sentido, recliné á Rosario con acritud lo que yo llamaba su falaz engaño y su traición... Rosario negaba; negó todos los cargos que yo le reprochase. Acaso fuera inocente... Después creí que así realmente lo fuera... Pero, en esos instantes de locura, de arrebatos, de recriminaciones póstumas, de dolores infinitos en que yo sentía como aquí dentro, en este mi pobre y lacerado corazón, mi único y grande amor moría; en ese instante terrible y trágico en que el amor se nos exhibe en todas sus llagas y ensueños, en todas sus podredumbres y divinidades, en que el cariño lucha con el desprecio, y el amor propio, y la dignidad, y la venganza que se paladea agonizando!...; en ese segundo en que se vive toda una vida, toda una existencia de dolor y de placer, yo, el Otelo atávico de la pampa de mis mayores, yo, desatentado y sin saber

lo que hacía, eché mis manos convulsas al débil cuello de Rosario y... la estrangulé!!

—¡Y el grito! ¡el grito!—le interrumpí yo anhelante.

—¿El gri-to? ¿el gri-to?...—replicó Bremón sordamente. *El grito* que Rosario articuló en ese segundo de su breve agonía, *el grito* terrible, lleno de sorpresa y de reproche, de angustia y de muerte, es *el grito* que usted me ha oído hace un momento... Sí, ese es el grito con el cual Cremieux no supo rematar soberbiamente su página inspirada!

Un nuevo silencio, mucho más pesado y más doloroso se hizo entre nosotros. La noche ya era completamente y las primeras estrellas apuntaban en los cielos. Y, en la densa obscuridad de la estancia donde no podía distinguir á Bremón pero si le oía sollozar de nuevo, yo me preguntaba, angustiado y trémulo de piedad, si Andrés Bremón, el gran poeta bohemio, no estaba realmente loco!

JUAN PICON OLAONDO.

1909.



PLAZA LIBERTAD — MONTEVIDEO

A una Uruguaya

Para APOLO.

Cuando leas mis versos y tú pienses
Que ya soy un poeta;
Que soy el compañero inseparable
De la ruta de luz de las estrellas.

Que soy el taumaturgo que colora
Las cosas más pequeñas:
Un suspiro tremente de nostalgias
Que tantos sueños pálidos despierta;

Un murmullo de fuente que en la noche
Débilmente se queja;
Un perfume de flor que se estremece
Como el ala febril de una quimera;

Entonces, al oír de tu marido
La palabra sanchesca:
Recordarás al soñador que un día
Besó con ansia tus pestañas negras!...

Julio Raúl Mendilaharsu.

Madrid—1909.

De Heliotropos

TUS RUBORES

Cuando quedó la tarde nostálgica y desierta,
Y hablamos de las gracias eróticas, liliales,
Lesbias y tindaridas de vaporosos chales
Se erguían en tu mente de virgen inexperta.

Pálida como el triste semblante de una muerta,
Tu faz cubrióse luego de cálidos corales;
Y fueron mis palabras alados madrigales,
Y tus tristezas flores de pesadumbre incierta.

¡Tarde feliz aquélla! De tu sonrisa arcana
Abrióse levemente la urna, y mi pagana
Pasión pidió á tu boca sus mieles y madores:

Y, cuando de tu rostro los lirios y alabastros
Glisaron en mis ávidas pupilas, tus rubores
Huyeron como el oro de los murientes astros.

LA TARDE

Horas de nostalgia. Trisan las alondras
Bajo el indeciso palio de la tarde.

Lilas y amarantos taciturnos cierran
Herméticamente sus corolas frágiles:
Anforas en donde titilan los besos
Y lágrimas de oro del sol de la tarde.

Baten en la senda de las margaritas
Blancas, á la vera de azules estanques,
Leves mariposas sus alas de seda;
(Son pétalos raros de flores del aire).

Y en las frondas dicen sus muelles baladas
Mirlos y bulbules en consorcio afable,
Mientras que las lilas del éter esfuman
Diáfanas visiones de un nuevo Versailles.

* * *

Cruzan la floresta, y allá en la penumbra,
Detienen sus pasos furtivos, iguales,
Y estrechan sus trémulas manos
Los enamorados amantes.

Y en tanto, derrama sangrientos rubíes
En el horizonte, la luz de un celaje.

Suspira el efebo; la virgen otea
Los ámbitos todos y ve aglomerarse

Cisnes en los lagos do emergen nelumbos,
Y en torno de Febo rodela de sangre.

Apaciblemente trisan las alondras
Bajo el indeciso palio de la tarde.

— Y son estas horas de dulces nostalgias,
Amenas y breve.— Claman los amantes.
Y, quedo, se alejan de las avenidas
Pobladas de aromas que vienen del valle.

* * *

La tarde agoniza nimbada de nubes,
Y el último rayo de Apolo se esparce
En pálidas hebras y sonrisas vagas
Por cima del amplio cristal de los mares.

AVE Y FLOR

A Roberto de las Carreras.

En un gemido muere la tarde, y — como un faro
Cautivo de la bruma — ve al sol agonizar;
Y en su lenta agonía finge añoranza un raro
Celaje de amaranto que tiembla sobre el mar.

Luces de rosa y oro sobre las avenidas
Apenumbradas caen — del cielo — en comunión;
Y á sus reflejos vagos de hespérides dormidas,
Llora la virgen ebria de fe y adoración.

Acaso la pupila somnámbula del bardo
Que va á una nueva Hélide conmuevela otra vez;
Y en su mejilla suave como la flor del nardo,
De un beso del poeta presente la embriaguez.

Sus manos que simulan heráldicas corolas
Palpitan en la falda ligera como un tul;
Y al ritmo de sus senos ensayan las violas
Que cierran el escote volar hacia el azul.

Volubles—en su frente—guedejas hacen ondas,
Albean en sus párpados palores de marfil;
Y en su oloroso peplo de vaguedades hondas
Suspira una gardenia con ansia femenil.

En la glorieta donde gustara con inmensa
Fruición las ambrosías del cáliz del amor,
Cabe una pensativa paloma de faienza
Sinceramente llora la virgen Ave y Flor.

El véspero ya exangüe sus palideces mira
Cubriendo la penumbra de opalescencia astral;

Y, bajo la turquesa del éter donde gira
Cual invisible espíritu la psiquis sideral :
— !Pobre virgen

Plañidera cual ave que expira !—
Su espíritu y sus labios artísticos ayunan
Y la gardenia cae del peplo de surah ;
Mientras allá en la sombra sus lágrimas adunan
La lira del crepúsculo y el bardo que se va.

CUAL UNA FIGULINA...

A Angel de Estrada.

El parque está muy triste y en la avenida orlada
De lirios y magnolias de una blancura ideal,
La pálida doncella sonrío inanimada,
Tal una figulina con ojos de cristal.

Los heliotropos mueren como los besos. Cada
Lucero es un doliente que va á su funeral,
Y en su corola exangüe pero soberbia, un hada :
Selene, ha derramado su lloro sideral. ..

Esfúmase el gallardo perfil de las acacias ;
En el estanque hay cisnes dormidos, y sus gracias
No lucen ya las góndolas... en la ribera están

Inanimadas como la pálida doncella
Que sonrío y medita, y es indolente y bella
Cual una figulina sin ansia y sin afán.

PEREZ Y CURIS.

Visión Andaluza

Yo amo la bella armonía
de vivos claveles rojos,
rimando con negros ojos
y cielos de Andalucía.

El cantar hondo, gitano,
y el suspiro que desgarrar
el aire, y en la guitarra
una ensortijada mano.

Sol. Alhamares de oro
que rozan astas de toro,
y olor á sangre y á vinos.

La navaja y la mantilla
y los ojos asesinos
tras las rejas de Sevilla.

Leonardo SHERIF

La Ruina

Para APOLO.

Como un despojo de la edad pasada,
sola con su tristeza y su destino,
vislúmbrase en el borde del camino,
una pobre vivienda abandonada.

Fué en otrora, de risas circundada,
albergue del humilde campesino;
hoy, si cruza á su lado un peregrino,
ni le presta el calor de una mirada.

En eterna agonía languidece;
á su vejez decrépita se abate;
y si el pampero despiadado crece

cuando sus muros derruidos bate,
en la angustez de su dolor parece
que algo en la ruina se levanta y late!

José Viana.

Vibraciones

Para APOLO.

Toda mi gloria consistiría en en que pudiera trasladar al papel todo lo que siento. Hay momentos que invade á mi interior una ternura tan intensa que al querer desbordarse, por medio de palabras, llega hasta los labios y se transforma en un gesto de desdén ...

El corazón late tan apresurado que á veces creo que desea salir del pecho para exponer una como idealidad de cosas imposibles ...

Esteta, me conmueve tanto una belleza física como una moral, y amo la sacra belleza del Dolor. Ayer, fueron unos ojos negros de mirar triste, los que me hicieron decir muchas bellas cosas; hoy, fué una acción, una palabra, hermanas de las mías, que me trajeron lágrimas; mañana, al contemplar un cuerpecito ebúrneo y tierno, puente del arroyo (¿por ilusión de óptica?) pasarán por él todos mis lirismos en busca de un estro redentor!

¡Y siempre amando! Siempre en busca de una Perfección. Otras; en busca de esa ignota palabra que sea la placa fotográfica que reproduzca mi sentir!

De esa palabra que vive en mí; que tiene una sílaba del espíritu, otra del alma y otra del corazón; que hace años está compuesta aquí, dentro del pecho, y sin embargo no sube á los labios. Quizá sea porque el día que saliera fuera un monstruo que necesitara de muchas páginas de un libro para posarse, y las embardunaría ...

Y á todo esto, ¿es digno de amarse cuanto se ama?

Algunos dirán que sí; desde luego que se ama ...

Y yo, ¿soy un escéptico ó un optimista? me lo pregunto.

Las dos cosas. Hay veces que á la Verdad le pasa lo que á Cristo: la crucifican, muere y la entierran. Pasado un tiempo resucita llena de irradiaciones ... Mientras estuvo enterrada pudimos muy bien pasar sin ella, los que no la veíamos no la creíamos. Cuando resucita, algunos creen que es *otra*. Y somos creyentes. Suscita controversias. Es un tema para siempre. ¿Y si hay contrincante, cuál triunfa? Los contrincantes siguen discutiendo. Quien triunfa es la Verdad.

SILVA SERRANO.

Sarcasmo

Con paso incierto, con mirar sombrío,
llena el alma de hastío
y el corazón de amargos desengaños,
llegó junto á las márgenes de un río
un arrogante joven de veinte años.
Por espacio de un rato, tristemente,
contempló la corriente,
del desbordado río, ancho y profundo,

y con ojos de loco y voz doliente
dió su postrer adiós al traidor mundo...
Y cuando el infeliz enamorado
poco á poco se hundía
en el seno del río desbordado,
la mujer á quien más había amado...
con infernal sarcasmo se reía.

Benjamín García.

Y entraron los fríos

Para AROLO.

Sobre los vergeles el tiempo ha mandado—su gran lobo blanco (como alguien lo ha dicho);—De todas las cuerdas del arpa del año—sonó la más grave... y entraron los fríos.

Desde el nacimiento del Tiempo en un Todo—las oscilaciones de un péndulo arcano—fueron Primavera, Verano y Otoño...—é Invierno: este tiene cabellos plateados.—Es viejo en los hombres y viejo en las hojas,—los hombres lo alcanzan á veces, las hojas—en él mueren siempre, lo mismo las rosas...—Si el péndulo oculto lo impone, sollozan—y tiemblan los huertos, y mudan de pluma—bajo otros paisajes de sol, cual las aves,—muchísimas ramas, la ley aunque dura—se cumple: eres viejo, ¡lo nuevo que nace!

¡Todos los jardines ha poblado el frío!—Todos los jardines que en otros inviernos—temblaron, ahora, de nuevo han sentido—las mismas palabras heladas del viento—que llega: ese errante de labios cansados—que muerden y arrancan las hojas que quedan;—que al alma que pasa le cantan llorando,—y besan las ramas nudosas y negras...

Sufren los colores un grave desmayo—de frío... Ansiedades... lebreles de miedo—sin ser vistos yerran... y pisan el vago—rumor de las hojas, á veces ligero...

Y sólo hay trazando los viejos canteros—violetas: las monjas humildes del prado—que indican la senda, que nunca atrevieron—su vista á los pasos que al huerto llegaron.

ENRIQUE CASARAVILLA.

BIBLIOGRÁFICAS

En el próximo número nos ocuparemos, además de los ya anunciados, de los siguientes libros recibidos recientemente:

El Genio de la Especie, por A. Hernandez y Cid, (Barcelona); *Trébol y Visión Nupcial*, por Guillermo Posada, (Bogotá); *Lolita Acuña* (novela), por Dorio de Gádex, (Madrid); *Mis profetas locos*, por José de San Martín, (Buenos Aires).

NUEVO CANJE

SELECTA.—*Santiago de Chile*.—Acusamos recibo del número 5 de esta interesante y lujosa revista mensual, literaria y artística, que publica le Empresa Zig-Zag. *Selecta* está llamada á ser en nuestro continente la mejor revista, tanto por su presentación artística como por la selección de sus materiales.

REVISTA ESCOLAR.—*Ibagué* (Colom-

bia).—El número 1 de esta revista instructiva ha llegado á nuestra mesa de redacción. Interesante es el sumario que trae

ACTUALIDADES. — *Guayaquil*. — Hermosa revista ilustrada cuyos materiales hablan muy en favor de los intelectuales ecuatorianos. El número 26 que tenemos á la vista publica un ameno sumario y muchos fotografías.

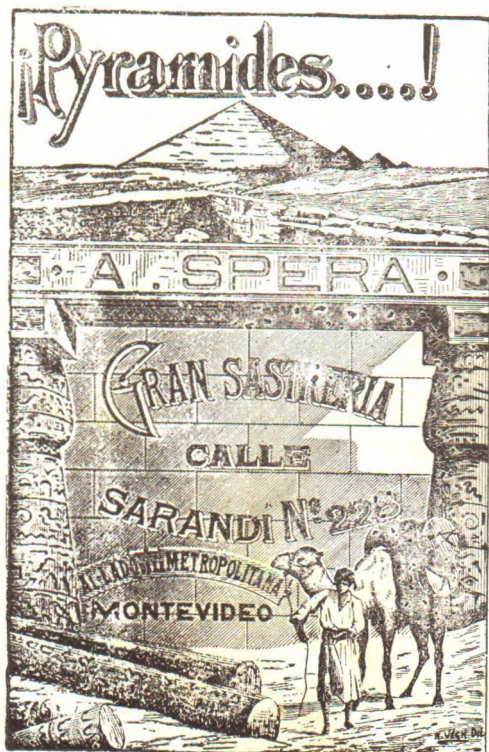
EL TIEMPO.—*Chichigalpa* (Nicaragua).—El conocido escritor Leonardo Montalbán ha empezado á publicar, quincenalmente, un periódico de literatura y variedades, con el título preindicado. Lo secundan en su labor los literatos Manuel Tijerino, J. D. Vanegas y Juan R. Avilés. En el número 1 que hemos recibido, están planteados los propósitos de *El Tiempo*. Esperamos su cumplimiento.

EL PROGRESO.—*León* (Nicaragua).—De esta publicación literaria que dirige el joven poeta Lino Argüello, recibimos el número 22 que tiene plétora de excelentes composiciones.

Gran Sastrería PYRAMIDES

DE A. SPERA

Calle Sarandí números 226 y 228



En esta casa, la primera en su género de la capital, se encuentra siempre un variado surtido de casimires de las mejores fábricas Francesas é Inglesas.

Atiende pedidos de campaña.

Consulte usted los precios que van al pie.

La casa no tiene competencia.

Se garanten los trabajos de la casa

PRECIOS

Traje de saco	de \$ 10 00	á \$ 22 00	
Jacquet	» » 22 00	» » 28 00	forro de seda
Smoking	» » 18 00	» » 28 00	» » »
Levita	» » 30 00	» » 40 00	» » »
Frac	» » 30 00	» » 40 00	» » »
Sobretodos	» » 12 00	» » 22 00	» » »
Pantalones	» » 2 00	» » 7 00	
Chalecos fantasía	» » 1 00	» » 5 00	

La casa tiene elemento especial

para el trabajo de medida

CALLE SARANDI, 226 Y 228

Al costado de la Metropolitana

LIBRERÍA Y PAPELERÍA DE LA FACULTAD

DE
MAXIMINO GARCIA

Obras de fondo para profesionales; Matemáticas, Derecho, Ingeniería, Medicina, Jurisprudencia, Filosofía, Literatura, Historia y Arte

✦ ✦ TEXTOS ESCOLARES Y UNIVERSITARIOS ✦ ✦

- - - Suscripción a diarios y revistas extranjeras - - -

Trabajos de tipografía, litografía, encuadernación y sellos de goma

GRAN VARIEDAD EN POSTALES

ÚTILES DE ESCRITORIO Y PAPELERÍA

25 de Mayo 134, entre Colón y Solís

COLEGIO INTERNACIONAL

Director: J. TOUYA

Montevideo—Uruguay, 419, 421

FUNDADO EN 1875



COMERCIO Y BACHILLERATO

CLASES ELEMENTALES Y SUPERIORES

Pupilos, medios pupilos y externos

El idioma oficial del colegio es el francés

APOLO

- Revista de Arte y Sociología -

Única de su índole

en el Uruguay

\$ 0.15 EL EJEMPLAR

Administración: Cerrito, 375

Si es usted forastero y no conoce la ciudad, no tiene que preguntar nada a nadie, todo se lo explicará : : : : LA GUIA : : : :

QVO VADIS?

Ferrocarriles, Vapores, Tranvías, Mensajerías, etc. — *Plano completo, nomenclator y descripción de la ciudad*

Montevideo en el bolsillo

- - - ÚNICA EN SU GÉNERO - - -

APOLO

Suscripción anual: pesos 1,80 oro
en toda la República

En el exterior: pesos 2.20 oro

Imp. «La Rural» de E. Ramos — Florida 84 y 92»